

Cristo, procurando ajustarme cuanto es lícito á mi ignorancia con el texto de los Evangelistas, cuya verdad es inefable, el volúmen descansado, y Cristo nuestro Señor el ejemplar. Yo conozco cuánto precio tiene el tiempo en los grandes monarcas, y sé cuán conforme á su valor le gasta vuestra majestad en la tarea de sus obligaciones, sin perdonar, por la comodidad de sus vasallos, descomodidad ni riesgo. Por eso no amontoño descaminados enseñamientos, y mi brevedad es cortesía reconocida; pues nunca el discurso de los escritores se podrá proporcionar con el talento superior de los príncipes, á quien sólo Dios puede enseñar y los que son varones suyos; y en lo demás, quien no hubiere sido rey siempre será temerario, si ignorando los trabajos de la majestad la calumniare.

La vida, la muerte, el gobierno, la severidad, la clemencia, la justicia y la atención de Cristo nuestro Señor refieren á vuestra majestad acciones tales, que, imitar unas y dejar otras, no será elección, sino incapacidad y delito. Oiga vuestra majestad las palabras del gran Sinesio en la oración que intituló: *De regno benè administrando*: « Como quiera que en toda cosa y á todos los hombres sea necesario el divino auxilio (habla con Arcadio emperador), principalmente á aquellos que no conquistaron su imperio, mas ántes le heredaron, como vos á quien Dios dió tanta parte y quiso que en tan poca edad llamasen monarca: el tal, pues, ha de tomar todo trabajo, ha de apartar de sí toda pereza, darse poco al sueño, mucho á los cuidados, si quiere ser digno del nombre de emperador. » Estas son en romance sus palabras, que sin cansarse por tantos siglos, derramada su voz, llega hasta vuestros tiempos para gloria vuestra, con señas del imperio y de la edad. Ni esto se puede ignorar en la personal asistencia de vuestra majestad, pues ni la edad, ni la sucesión tan recién nacida y tan deseada, le ha entretenido los pasos que por las nieves y lluvias le han llevado, con salud aventurada, á solicitar el bien de sus reinos, la unión de sus estados y la medicina á muchas dolencias. ¿Á qué no atrevieron su determinación vuestros gloriosos ascendientes? El mayor discípulo es vuestra majestad que Dios tiene entre los reyes, y el que más le importa para su pueblo y su Iglesia saliese celoso y bien asistido. Dispuso vuestro enseñamiento, derivándoos de padres y abuelos de quien sois herencia

gloriosa, y en pocos años acreditada. Mucho tenéis que copiar en Carlos V, si os fatigaren guerras extranjeras, y ambición de victorias os llevare por el mundo con glorioso distraimiento. Mucha imitación os ofrece Felipe II, si quisiéredes militar con el seso, y que valga por ejército en unas partes vuestro miedo y en otras vuestra providencia. Y más cerca lo que más importa: el padre de vuestra majestad, que pasó á mejor vida, en memoria que no se ha enjugado de vuestras lágrimas, ni descansado de nuestro dolor, os pone delante los tesoros de la clemencia, piedad y religión. Es vuestra majestad de todos descendiente, y todos son hoy vuestra herencia, y en vos vemos los valerosos, oímos los sabios y veneramos los justos; y fuera prolijidad, siendo vuestra majestad su historia verdadera y viva, repetiros con porfía las cosas que deben continuar vuestras órdenes, y que esperamos mejorará vuestro cuidado. Haga Dios á vuestra majestad señor y padre de los reinos que castiga con que no lo sea.

SEÑOR:

Besa los reales piés y manos de vuestra majestad

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL CONDE DUQUE, GRAN CANCELLER, MI SEÑOR,

don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, sumiller de corps
y caballero mayor de su majestad.

Dar á leer á vuecelencia este libro, es la mejor diligencia que puede hacer el conocimiento de su integridad, para darse por entendido del cuidado con que asiste al Rey nuestro señor, en valimiento ni celoso ni interesado. Supo este libro tener oyentes, y hoy sabe escogerlos; y animoso á vuecelencia hace lisonja nunca vista, sólo con no recatarle severo verdades desapacibles á otro espíritu ménos generoso: pues han hecho fineza tan esforzada con vuecelencia, que no han escarmetado, cuando sospechas de haberlas imaginado tuvieron resabios de delito, y fué culpa el intento aun no amanecido. Lea

vuecelencia lo que ejecuta, y habrá sido más hazñoso que bien fortunado en ser lector de advertimientos que le son alabanza y no amenaza. Deseo á vuecelencia vida y salud, para que su majestad tenga descanso, y felicidad sus reinos. Preso en mi villa de Juan Abad á 5 de abril, 1621.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

CAPITULO I.

NO SÓLO HA DE DAR Á ENTENDER EL REY QUE SABE LO QUE DA, MAS TAMBIEN LO QUE LE TOMAN; Y QUE SEPAN LOS QUE ESTÁN Á SU LADO QUE SIENTE AUN LO QUE ELLOS NO VEN, Y QUE SU SOMBRA Y SU VESTIDO VELA. — ESTE SENTIDO EN EL REY ES EL MEJOR CONSEJERO DE HACIENDA, Y EL PRIMERO QUE PRESIDE Á TODOS. (*Matth. 9, Marc. 5, Luc. 8.*)

« Decia entre sí : Con sólo tocar su vestido seré salva ; y sintió en el cuerpo que habia sanado de la plaga ; y Jesus conociendo en sí mismo la virtud que habia salido de sí, vuelto á la multitud, dijo : ¿ Quien tocó á mí y á mis vestidos ? Y negándole todos, Pedro y los que con él estaban dijeron : Maestro, las olas de la multitud te bruman y afligen, y tú dices : ¿ Quién me tocó ? Y dijo Jesus : Alguno me tocó, porque yo conocí que salia de mi virtud. »

El buen rey, Señor, ha de cuidar no sólo de su reino y de su familia, mas de su vestido y de su sombra ; y no ha de contentarse con tener este cuidado : ha de hacer que los que le sirven, y están á su lado, y sus enemigos, vean que le tiene. Semejante atencion reprime atrevimientos que ocasiona el divertimento del principe en las personas que le asisten, y acobarda las insidias de los enemigos que desvelados le espian. El ocio y la inclinacion no ha de dar parte á otro en sus cuidados ; porque el logro de los ambiciosos, y su peligro y desprecio, está disimulado en lo que deja de lo que toca. Quien divierte al rey, le depone, no le sirve. Á esta causa los que por tal camino pueden con los reyes, se van fulminando el proceso con sus méri-

tos ; su buena dicha es su acusacion, y hallan testigos contra sí los medios que eligieron, y se ven con tanta culpa como autoridad ; y al que puede, en lo que habia de respetar y obedecer de léjos, nadie le aconseja por bueno sino aquello que despues le sea fácil acusárselo por malo : y en la adversidad la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes. Así lo enseñan siempre á todos, no escarmentando alguno, las historias y los sucesos. Es el caso de este evangelio tal, que rey ó monarca que no abriere los ojos en él, y no despertare, da señas de difunto, que tiene la reputacion en poder de la muerte.

Tocó la pobre mujer la vestidura de Cristo. El llegar á los reyes y á su ropa basta á hacer dichosos y bienaventurados. Volvió Cristo yendo en medio de gran concurso de gentes que le llevaban en peso, y con novedad dijo : ¿ Quién me tocó ? Dice el texto que los que le brumaban dijeron que ellos no eran. Esta respuesta siempre la oigo ; y aquellos que aprietan á los reyes y los ponen en aprieto, dicen que no tocan á ellos. San Pedro, que no sufría desenvolturas, los desmintió, y respondió á Cristo : Maestro, ¿ estánte apretando tantos hombres, que no hay alguno que no te toque y te moleste, y preguntas quién me tocó ? Desmintió el buen ministro á aquellos que le seguian con ruido y alboroto, y decian que no le tocaban. Alguno me tocó, dijo Cristo, que yo he sentido salir virtud de mí. ¡ Oh buen Rey, que sientes que te toquen en el pelo de la ropa (como dicen)! Y así fué. Ha de ser sensitiva la majestad aun en los vestidos. Nadie le ha de tocar, que no lo sienta, que no sepa que le toca, que no dé á entender que lo sabe. No ha de ser lícito tomar nadie del rey cosa que él no lo sepa ni lo sienta. ¿ Qué será que haya quien tome de él para echar á mal, sin que lo eche de ver el rey, y lo diga ? Quiere Cristo que sane la mujer, y que le toque ; sintió que habia salido virtud de él ; sabía quién era la que le habia tocado, y lo preguntó para desarrebozar la hipocresía de los que, apretándole más, dijeron que no le tocaban ; para que san Pedro y los que con él estaban (que habian de suceder en este cuidado á Cristo, cada uno en su provincia, y Pedro en toda la Iglesia), abriesen los ojos, y conociesen cuánto cuidado es menester